Miguel Delibes y los Estados Unidos: una perspectiva

Enrique Ruiz-Fornells

La prosa de Miguel Delibes está salpicada, con una frecuencia curiosa, de referencias y alusiones a países y gentes de otras tierras y continentes. Unas veces es nada más que la cita de nombres con que designa cosas concretas como en *El camino* la «Poza del inglés» o la relación entre Méjico e indiano. Otras es una alusión al extranjero más amplia, que sirve como base para alguna de sus novelas, recuérdese, por ejemplo, *Diario de un emigrante,* o relatos que tratan por completo de un país distinto de España, como en los libros de viajes. Es corriente encontrar en sus páginas menciones a Francia, Irlanda, América, Port-Arthur, La Habana, Rusia, Amsterdam, París, Marruecos, Portugal, Abisinia, Oriente Medio, Hollywood..., así como alusiones a costumbres, guerras, marineros, legión extranjera, música, revoluciones... En sus trabajos, el interés y atención por el mundo exterior, igual que su gusto por viajar, están claramente patentes.

En el tomo cuarto de su *Obra completa* [1] se recogen sus libros de viajes [2]. En el prólogo llama la atención su afirmación de que «Cada cual tiene su particular manera de pasear por el mundo y para aquél que no disponga de ninguna, tal vez porque le falta imaginación, existen las acreditadas Guías de Turismo [3].» Delibes distingue con ello dos clases de viajeros: aquéllos a los que empuja en sus deseos de recorrer camino el simple motivo turístico sin más complicaciones y aquellos otros que quieren calar en la sociedad del pueblo que visitan y tratar de ver detrás del monumento artístico que se presenta ante sus ojos para ser admirado. Miguel Delibes pertenece, sin duda, a esta segunda clase. Su método, «ignorando si es bueno o malo», tiene una nota personal en la que se incluye el «eludir en sus paseos un plan preconcebido». La sistematización ahoga la mente sin dejar tiempo para hacer la visita eficaz y enriquecedora y por ello es mejor «andar de Ceca a la Meca sin la coacción de horarios estrechos ni de rutas elaboradas de antemano» ya que esa es la manera «de que el mundo sea un descubrimiento para cada nuevo par de ojos que lo miren [4]».

El propósito al publicarse el volumen IV citado es el de «esbozar su personal visión de unos pedazos de mundo doblado ya el siglo XX» y «emitir un diagnóstico —antes periodístico que literario —sobre el estado de salud del mundo actual». Un mundo cuyo signo es el movimiento que invade a la gente como la fiebre y que domina al hombre haciéndole sentir pesimismo o esperanza sobre el futuro. Es un futuro que no puede resolverse en conferencias internacionales dominadas por «prohombres» que las harán «latosas» para el ciudadano medio. No, el futuro estriba en el «recíproco conocimiento libre de prejuicios» de los hombres sencillos. Por tanto, Delibes se propuso, al escribir los libros que aparecen en ese volumen cuarto de sus obras

---

[1] Miguel DELIBES: *Obra completa.* Barcelona, Ediciones Destino, tomo IV, 1970, 607 pp.

[2] *Por esos mundos, Europa: parada y fonda, USA y yo, La primavera de Praga.*

[3] *Obra completa,* tomo IV, p. 7.

[4] *Obra completa,* tomo IV, p. 7.

Centro Virtual Cervantes

completas, transmitir un mensaje al lector bienintencionado de «comprensión universal» y, mediante una descripción hecha por un «periodista y no un literato», alejarse, cuanto más mejor, del modelo general, del concepto pequeñito y estrecho de una guía de turismo.

Prueba de lo anterior son sus comentarios sobre el Brasil, la Argentina y Chile que forman *Un novelista descubre América;* Italia, Portugal y Alemania en *Europa: parada y fonda;* Checoslovaquia en *La primavera de Praga* y, por último, los Estados Unidos en *USA y yo.* Todos estos libros tienen un denominador común: el relato, sencillo y directo, y las minuciosas observaciones del novelista en sus viajes por esas naciones. En todos se descubre un Delibes curioso, preocupado por ahondar en la sociedad que le acoge, por sus problemas, por sus fracasos y éxitos, mezclando al razonar su criterio independiente y bien intencionado, que le hace recorrer todos los valores de la escala social y religiosa, así como reflexionar sobre los problemas económicos y políticos... Algunas veces no puede contenerse y compara ciertos aspectos del extranjero con los correspondientes en España y, en consecuencia, va mucho más allá de la mera descripción periodística. Y así, sin influencias de ninguna clase, trata de penetrar las cosas, de entenderlas e interpretarlas para que el lector que no ha salido todavía de su pequeña parcela, se prepare para cuando llegue el día de dejarla, o, por la misma razón, se prepare a soñar pensando que alguna vez también él se convertirá en viajero. Por tanto, estos libros ahondan en la descripción de acontecimientos, cosas, hechos y gentes, gracias al carácter que les imprime el escritor Delibes y no el periodista. La impresión del lector al hojear cualquiera de las publicaciones mencionadas, es que su autor muestra el aplomo, la seguridad y la analizada observación de un novelista avezado que, de manera atractiva y amena, diseña la radiografía pormenorizada de la civilización que visita y la manera de vivir que produce.

Entre todas las naciones que atraviesa, las de América tienen un puesto especial. Primero es Hispanoamérica a la que dedicó gran atención cuando en 1955 llegó al Brasil, a la Argentina y a Chile, y cuyas impresiones recogió luego en un libro, *Un novelista descubre América* [5], cuya primera edición apareció en 1961. De esos tres países, Chile parece ser el que recibe mayor predilección, pues esa nación tiene también un lugar importante en *Diario de un emigrante* [6]. No es hasta diez años después cuando se trasladó al hemisferio norte, es decir, a los Estados Unidos.

USA y yo, como Delibes titula su libro sobre los Estados Unidos, tiene una razón para llamarse así. En un tono modesto y justificativo aclara que el nombre «aunque de entrada pueda parecer un poco fatuo, no es, si bien se mira, sino un acto de humildad» porque «Yo no me atrevo a decir que los Estados Unidos sean así, sino que así los he visto o así me han parecido...» [7] Es decir, escribe desde la perspectiva del propio Delibes advirtiendo que si él personalmente se equivoca siempre estará «dispuesto a una revisión y, si se tercia, a una rectificación». En definitiva, es la descripción de los Estados Unidos desde el punto de vista del Delibes observador.

Las referencias a los Estados Unidos, como es de suponer, aparecen en otros de sus escritos. Así, por ejemplo, en *La sombra del ciprés es alargada,* novela publicada en 1948, en su segunda parte, el protagonista se casa con una muchacha americana, Jane, y con ello parece iniciar una nueva vida que logra arrancarle de su retraimiento y tristeza, características negativas de su personalidad. Los Estados Unidos son como el motor que le impulsa a encontrar la razón apropiada para empezar a pensar que no todo es destructivo y desesperanzador. Su amor por Jane le hace olvidar el triste

[5] Miguel Delibes: *Un novelista descubre América.* Madrid, Editora Nacional, 1956, 172 pp.
[6] Miguel Delibes: *Diario de un emigrante.* Barcelona, Ediciones Destino, 1958, 289 pp.
[7] *Obra completa,* tomo IV, p. 311.

BOLETÍN AEPE Nº 28. Enrique RUIZ-FORNELLS. Miguel Delibes y los Estados Unidos: una perspectiva
Centro Virtual Cervantes

pasado de una vida familiar durante sus tiempos de estudiante en Avila. Pedro, el protagonista, en una de sus reflexiones consigo mismo confiesa:

> «... continué viviendo como siempre, sólo para mis adentros. La vitalidad externa no podía conmoverse porque no la conocía; rechazaba todas sus posibles tentaciones y llegó un momento en que creía cosa sencilla seguir sin titubeos la línea que me había impuesto de antemano. Soportaba una existencia obtusa, roma, sin prominencias. Claro que tampoco las añoraba. Me había hecho a vivir así y cualquier pasajera variación me destrozaba revolviendo en mi alma el poso de mi pesimismo. De esta manera casi logré el punto de estabilidad que buscaba de tantos años atrás: vivir autónomamente, sin conexiones cordiales, sin afectos...» [8]

En los Estados Unidos es donde Pedro encontró la esperanza que, aunque terminó en tragedia, por muerte violenta de la que más tarde sería su esposa, lo sacó del pesimismo que acarreaba desde, prácticamente, su niñez. Sus visitas a Norteamérica por motivos profesionales como capitán de la marina mercante, le hacen salir de su estado de inhibición para vibrar al saber la proximidad de la mujer de la que se ha enamorado. Providencial puerto en que toca habitualmente el buque que manda en su tráfico comercial con España, se convierte en el centro de su vida.

En la novela se describen la estatua del fundador de la ciudad, Roger Williams, las calles, los autobuses, el parque en que se

> «... confundían las copas de los árboles: el álamo, el plátano, el húmedo brillo de las magnolias. La tierra, recién regada desprendía vahos calinosos de agradecimiento. Por los macizos se combinaban las flores con profusión de un abigarrado conjunto: la suavidad humilde y blanca de las petunias, el amarillo fuerte del botón de oro, la simetría circular y mareante de la margarita, las anémonas, las rosas, y los claveles...» [9]

Otras veces le conmueve el disfrute del panorama, que a la orilla del mar y en compañía de la mujer amada, le produjo una sensación acogedora contemplando el comienzo de América, su frontera, opuesta a la europea en la otra orilla de Atlántico. Es una descripción que tiene un trasfondo poético y que expresa el nuevo sentir que se ha posesionado de su decaído espíritu.

> «Las olas rompían con fuerza contra los riscos, hisopeando las proximidades. Saltaba la espuma blanca y rizada como una cana cabeza de negro. A lo lejos se distinguía algún pesquero o los transportes que iban buscando la entrada del puerto. El humo de los barcos colgaba del cielo como un penacho de aire negro, poco denso e inmóvil, y a intervalos breves el viento lo barría de un brochazo del espacio sin dejar rastro de su presencia anterior.» [10]

Estas descripciones, casi poéticas, el encuentro de la felicidad, el salir del aislamiento y pesimismo que caracterizan a este personaje, es uno de los sentidos que tiene Norteamérica en esta novela. Claro está, que también se incluye la otra cara de la moneda como la de un país en el que la máquina tiene un predominio poderoso que constituye ante los ojos de Pedro, la «agitada convulsión del muelle; el ir y venir de los ligeros barquitos para distancias reducidas, el alarido aturdidor de los remolcadores, la labor chirriante de las grúas ocupándose en la carga y descarga de los buques atracados...» [11].

---

[8] Miguel DELIBES: *La sombra del ciprés es alargada* (Barcelona, Ediciones Destino, 1948, 333 pp.), p. 195.
[9] *La sombra del ciprés es alargada,* p. 220.
[10] *La sombra del ciprés es alargada,* p. 207.
[11] *La sombra del ciprés es alargada,* p. 322.

Centro Virtual Cervantes

En definitiva Norteamérica se convierte en una especie de rayo de luz en la vida atormentada de Pedro. En esa tierra encuentra a la mujer que llega a conocer su psicología de tal manera que es capaz de hacerle sentir otra vez, de esperar e, incluso, de llegar a creer que la vida puede constituir también una esperanza y que el contacto con sus semejantes no es tan desesperante como la educación recibida, moldeante de su temperamento, le ha hecho suponer.

Junto a esta fotografía de los Estados Unidos se encuentra una visión mucho más acabada, analítica y realista de esa nación en *USA y yo*. Este libro representa el esfuerzo de Miguel Delibes por penetrar el escaparate que cubre la superficie de ese país y profundizar hasta su propio corazón, tratando de llegar a comprender mejor a su gente, su filosofía, su razón de ser...

Los temas e ideas, algunos reiterativos, que aparecen en sus novelas también lo hacen en *USA y yo*. Lo mismo sucede con los personajes representativos de los diferentes estratos de la sociedad que describe en su obra, desde la burguesía hasta las capas más pobres, en un recorrido que incluye los niños, los viejos los seres marginados de cualquier sexo. Igualmente y por la misma razón la pobreza, la soledad, la búsqueda de un camino y la muerte tienen su lugar en el libro a que nos referimos. Esto hace que la perspectiva que desarrolla Delibes, al contarnos su opinión personal de los Estados Unidos, no sea algo aislado del resto de su quehacer literario sino continuación armónica del mismo.

En la edición escolar de *USA y yo* [12] la editora, Fortuna L. Gordon, escribe que el «propósito de la edición escolar de *USA y yo* es estimular y mejorar la conversación en español por la lectura y la discusión de unos ensayos cuyos temas contemporáneos favorecen una orientación bicultural» [13]. Aunque esta edición, dirigida a los estudiantes norteamericanos de español, ha sido reducida a diecisiete capítulos de los treinta y tres originales, su autora añade que a su

> «ver *USA y yo* cumple un estudio propicio de culturas desemejantes en una edad de mucho turismo y de comunicaciones tecnológicas incontables. Claro que tales circunstancias acercan a los países íntimamente y crean un menester urgente para un enfoque siempre más internacional, el que incluye no sólo conocimientos de otras sociedades sino una nueva compenetración del país natal dentro del escenario global» [14].

Delibes subraya que la responsabilidad de su libro sobre los Estados Unidos corresponde por mitad a Marion Ament, en cuya casa se alojó con su esposa, y, según nota de Fortuna L. Gordon, profesora de la Universidad de Maryland, a Francisco Umbral. La primera porque al leer el borrador inicial con las primeras impresiones se interesó, más que por lo que le descubrieron de su mismo país, por lo que le enseñaron del propio escritor castellano. El segundo porque encontró «regocijante y sabroso» el «choque de un castellano de pura cepa rural, con el país más evolucionado y automático del mundo» [15]. Pero, aunque ambos le animaron para seguir la tarea y dar cima escrita a sus consideraciones sobre los Estados Unidos, Delibes muestra una firme independencia de criterio y deseo de describir lo que vio, traspasando el mero recorrido de sus tierras, ciudades y paisajes.

Como en libros similares, que se han examinado sobre el mismo tema, escritos por otros autores españoles, el relato empieza con los detalles de la travesía desde Es-

---

[12] Miguel DELIBES: *USA y yo*. Edición escolar, introducción, ejercicios y vocabulario de Fortuna L. Gordon. Nueva York: The Odyssey Press, 1970, XV + 233 pp.

[13] Edición escolar, p. vii.

[14] Edición escolar, p. viii.

[15] *Obra completa*, tomo IV, p. 311.

BOLETÍN AEPE Nº 28. Enrique RUIZ-FORNELLS. Miguel Delibes y los Estados Unidos: una perspectiva
Centro Virtual Cervantes

paña a Nueva York, en este caso, a bordo del «Constitution». Durante seis días, poco a poco en la lenta travesía marítima, se recibe una introducción a la vida norteamericana. Sin embargo, la gran sorpresa es la llegada a la gran urbe neoyorquina.

La ciudad le deslumbró, pues es imposible someterla a medidas europeas, no sufriendo, ni siquiera, la comparación con el importantísimo puerto de Hamburgo. Manhattan, Wall Street, los rascacielos, le hicieron sentirse dentro de algo que se asemejaba a la selva brasileña con unas «sombras de cemento cuyo colosalismo sobrecoge» [16]. Se trata de una danza de rascacielos que, en una carnavalada siniestra, produce una sensación de amenaza latente en el visitante, que, al convertirse en un minúsculo viajero-insecto, frente a la mole inmensa de los edificios, queda impotente para poder mirar a la ciudad cara a cara. El espíritu de la ciudad es el de una vorágine vital, en la que el individuo se encuentra enterrado ante la imposibilidad de salir de las sombras que lo aprisionan. Inmensidad, verticalidad, pujanza, fuerza, ajetreo dinámico son algunas palabras que dedica a Nueva York, que, al contemplarla, le hace evocar a Ernest Hemingway por su «aspecto macizo, fuerte, musculado; seguramente porque el habitante congruente para Nueva York fuera Hemingway, un hombre fornido, de gran tamaño, de energía indomable» [17].

Otra ciudad, antítesis de Nueva York, que describe con cierto detalle, es Washington D.C. En ésta no se nota el ritmo febril, ya que predomina el sosiego, la serenidad y el reposo. En ello influye su condición de capital de la nación. Al contrario de Nueva York, ciudad vertical, Washington D.C. es la ciudad horizontal, no estando los pisos amontonados uno encima de otro, sino uno al lado del otro, es decir, en esa ciudad no hay rascacielos, pues ningún edificio debe ser más alto que el Capitolio. Con ello se trata de subrayar la capitalidad política que, incluso, como símbolo le parece al novelista desacertado. La capital federal es una sucesión de casas y bosques que origina el que la edificación no sea una continuidad de grandes barrios residenciales.

El sentido democrático de sus habitantes está presente en todo momento a pesar de que la población se divida en dos grandes mitades: 50 % negros y 50 % blancos. En definitiva y gracias al arquitecto francés Pierre L'Enfant, que echó los primeros cimientos de lo que habría de ser Washington D.C., ésta tiene «un remoto aire parisino» y es la madre de las pequeñas ciudades americanas que se distinguen por la luz, el color y el movimiento, aunque durante el día pierden grandiosidad. De noche parece que están siempre en fiesta, en especial, cuando llegan las navidades.

Las ciudades se extienden a lo ancho y aparecen «antihacinadas». Son ciudades sin polvo, toda la nación en realidad es un continente sin polvo, gracias a los sacrificios que se hacen por cultivar hierba. Asimismo son distintas a las españolas, pues las estadounidenses están construidas espaciosamente, ya que el terreno, por su abundancia, no preocupa. La más típica es «un conjunto de casas con árboles; el campo representativo de los Estados Unidos viene a ser un conjunto de árboles con casas» [18].

El americano tiende a lo grande, a la prisa, a lo nuevo, a lo automático, y a la serie. Estas son las características sobre las que tiene asentada su vida, no porque él mismo las prefiera o las haya establecido mediante una planificación cuidadosa, sino porque su economía las exige. Es, según Delibes, la pujanza económica la que hace que en la mentalidad de muchos sean los Estados Unidos un país de fábula.

La fórmula económica se rige por un principio sencillo asentado en la abundancia. Esta se advierte por doquier con un campo próspero en que la tierra de labor se

[16] *Obra completa*, tomo IV, p. 320.
[17] *Obra completa*, tomo IV, p. 321.
[18] *Obra completa*, tomo IV, p. 347.

Centro Virtual Cervantes

sucede en el infinito, alternando con los bosques. Las producciones agrícolas son amplísimas, pues los campos devuelven ciento por uno, arrojando cosechas inmensas, suficientes para el consumo propio y para la exportación.

La política agraria no es fruto de la improvisación y sí el resultado de cuidadosos estudios realizados por especialistas, cosa que no obsta para que los ingresos por la industria sean todavía mayores que los agrícolas, causa por la que la población campesina disminuye. Dentro de esta situación de abundancia y prosperidad, la máquina tiene un lugar destacado. Se asombra el escritor del cinturón comercial e industrial que rodea a las concentraciones urbanas importantes y que se extiende hacia el sur indefinidamente. En ellas la máquina personal y de imperiosa necesidad que el americano usa en su vida diaria es el automóvil. Es una exigencia de la vida que produce una sicología especial de la que el propio niño empieza a participar temprano cuando se le sitúa en una butaquita junto al conductor. Por ello para el estadounidense la «pierna» tiene una utilización muy reducida y esa «torpeza de remos» les hace malos bailarines. El automóvil en los Estados Unidos es lo que los pies en España.

Pero ¿cómo empezó todo esto? se pregunta nuestro novelista. Desde luego el elemento humano lo facilitó Europa, y a su llegada los nuevos inmigrantes tuvieron que «ganarse la vida a brazo partido». Por esa circunstancia en los Estados Unidos se «arrima el hombro» de la manera más variada que puede imaginarse y nadie siente que «se le caigan los anillos», pues es un pueblo que ni presume de señorío «ni, naturalmente teme perderlo». Con ello, Delibes quiere apuntar

> «que los mismos que en Europa fueron presa de la esterilizadora mentalidad hidalga que tan rápidamente destruyó organismos enteros, como la poderosa España del siglo XVI, una vez aquí no le hicieron ascos a coger el pico y la pala y ponerse a cavar. Esto es explicable si consideramos que tales prejuicios absurdos vienen fomentados por la sociedad en que se vive. Una vez abandonada esta sociedad, ¡adiós prejuicios! Es lo mismo que los aristócratas rusos que hoy andan conducienco un taxi por las calles de París; han tenido que abandonar su suelo y su sociedad para darse cuenta que conducir un taxi es una profesión noble y digna, infinitamente más honorable que vivir como un parásito a cuenta de un apellido y de un título» [19].

Este «arrimar el hombro» junto con la tecnificación de la economía llevada a cabo por verdaderos especialistas ha hecho que la aspiración española de «ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan», en Estados Unidos se haya cambiado por «ni un hogar sin jardín ni un americano sin Chevrolet». Se trata de un país sobrado que tiene para «dar y tomar».

Otro de los temas que en *USA y yo* abarca varios capítulos y al que se hace referencia frecuente, es la educación. Es natural que un pueblo de las características económicas descritas y con un espíritu como el esquematizado en las líneas anteriores, trate de educar a sus masas de la manera más eficaz de acuerdo con los recursos disponibles. Los hombres de letras se lamentan de que la parte más importante de los presupuestos educativos se asigna a los científicos y de que las humanidades no reciben nada más que las sobras y las migajas. Sin embargo, observa Delibes, esas migajas representan la parte del león para otros pueblos supercultos y civilizadores. Esto no quita para que dos notas importantes se tengan en cuenta a la hora de formular los planes educativos: el realismo y la eficacia. Por ello la ciencia y la técnica progresan en América bajo sistemas en que el niño que concluye la escuela primaria sabe menos que el español, pero sus ideas son mucho más claras y precisas. Por tanto, la educación se racionaliza y aspira a crear un país de seres armónicos. Los planes de estudios son graduales y tratan de evitar cambios radicales que puedan afectar el

[19] *Obra completa*, tomo IV, p. 331.

BOLETÍN AEPE Nº 28. Enrique RUIZ-FORNELLS. Miguel Delibes y los Estados Unidos: una perspectiva

Centro Virtual Cervantes

equilibrio entre los distintos grupos étnicos que, con creencias dispares, tienen que convivir, como los chicanos, japoneses, chinos, judíos, latinos, etc. El fin, es formar un ciudadano que sepa cómo dialogar en un ambiente de respeto mutuo. Es una educación planeada con sentido común y firmeza.

El sistema universitario es extenso y dentro de él existen gran cantidad de instituciones de enseñanza superior. En general huye del hacinamiento, y la mayoría de las universidades están localizadas en el campo y organizadas de forma que dejan al alumno estudiar al mismo tiempo que «respirar». La enseñanza es democrática y masiva. Existe elasticidad en el «curriculum», así como una gran abundancia de medios, aunque la matrícula es cara. Para paliar este último inconveniente los estudiantes encuentran abundantes medios de ayuda económica como, por ejemplo, el de que los alumnos de doctorado den las clases de primer año, lo que les permite pagarse los estudios. El universitario español está mejor preparado, pero le faltan medios, razón por la que algunos emigran, como Severo Ochoa. Curiosamente le causa sorpresa el que no existan bedeles ni ordenanzas, personajes importantes en algunas de sus novelas, y se pregunta si no sería mejor prescindir de ellos en España. Al fin y al cabo, el catedrático tiene reloj para mirar la hora y saber por sí mismo cuándo tiene que terminar la clase y manos para ponerse la toga. Si eso se lograse, los primeros podrían encontrar otra profesión más rentable y los segundos dedicar mayores fondos a facilitar su labor investigadora.

La religión es otro de los aspectos que Delibes analiza. Los cultos religiosos son muchísimos y le sorprende que se anuncien en los periódicos. Es una situación compleja, en que la rama protestante del cristianismo aparece atomizada, aunque todos convivan pacíficamente gracias a que América es modelo de lo que la libertad religiosa debe ser. Coexisten, pues, sin problemas, cerca de trescientos cultos diferentes.

La religión que predomina y cuya filosofía es la base del país, es la protestante, pero está muy dividida y esto hace que los católicos sean mayoría y constituyan el grupo más fuerte, compacto y homogéneo.

El sentido y fervor religiosos se han debilitado en los últimos tiempos, fenómeno que se nota, particularmente, en las generaciones jóvenes. Esto no quita para que al menos dos tercios de la población crea en algo, aunque no todos practiquen esas creencias. Para la juventud el sentimiento religioso es marginal, ya que la práctica religiosa se les antoja cosa anticuada, algo pasado. En su imaginación Dios es sustituido, en parte, por los nuevos santos profetas que acaparan su admiración, entre los que hay que mencionar a Washington, Jefferson, Lincoln, Kennedy... En especial este último, al que colocan junto al más importante de sus orgullos: la libertad. Kennedy probó

> «que no venía a servirse del cargo sino a servirle. Luchó con todas sus fuerzas contra la pobreza —que también aquí existe—, la discriminación, el colonialismo y la corrupción. Algún día el mundo advertirá que entre la ventana abierta por Kennedy, en Washington, y la ventana abierta por Juan XXIII, en Roma, se estableció una corriente de aire que aventó muchas cosas que sea cual sea el rumbo definitivo del mundo ya no volverán. Esto está claro. Y está especialmente claro para un notable sector de la juventud americana para quien la trayectoria de Kennedy y su sacrificio constituyen, sencillamente, un modelo de conducta a seguir». [20].

El entibiamiento religioso y la «sustitución de Dios por la técnica y el confesor por el psiquiatra» [21] se debe a dos razones concretas. La primera es una «filosofía, que

[20] *Obra completa,* tomo IV, p. 461.
[21] *Obra completa,* tomo IV, p. 447.

Centro Virtual Cervantes

arranca del positivismo de Comte y del evolucionismo de Darwin y que deriva hacia una actitud existencialista favorecida por el desarrollo económico del país», y la segunda «son los últimos residuos puritanos —famosas 'leyes azules'— que por representar una doblez y una hipocresía evidentes, van corroyendo en la gente joven el sentimiento religioso al identificar la fe con estas disposiciones falaces» [22].

Algunas religiones han sido fabricadas en los mismos Estados Unidos como ciertos cultos que se veneran entre los negros, los mormones y menonitas. Los negros entremezclan con la religión algunas supersticiones de tribu y la música. Los mormones pertenecen a la religión fundada por Joseph Smith en 1800, cuyos seguidores, al ser éste asesinado, encontraron, guiados por Young, la tierra prometida en Utah. Los menonitas y amesih son unos puritanos recalcitrantes a los que no les importa el progreso. Son, en realidad, un anacronismo en el siglo XX; viven sencillamente y de manera primitiva en un mundo sin prisa, ni ruido, ni ambición.

La libertad es el orgullo de todo americano. Los franceses fueron los primeros que se percataron de este detalle y les regalaron una estatua que la simboliza. Se trata de un elemento más, necesario para vivir, como el agua o el aire, insertado en el mecanismo político que no veta nada a la curiosidad universal. El ciudadano tiene derechos y garantías y la armonía entre democracia y libertad se considera el sistema perfecto de gobierno. La política es apenas visible en la calle, igual que la policía o los pobres.

Los extranjeros residentes reaccionan de distintas maneras sobre los Estados Unidos. Para unos es el país menos libre de la tierra, para otros la libertad es tan grande que los comunistas están infiltrados en el aparato gubernamental y para el resto, el americano no es libre sino esclavo de la masificación. Para terminar, no hay que olvidar, aclara Delibes, «que los escritores más antiamericanos —los que han puesto a su país en la picota— son americanos ciento por ciento. (Sin necesidad de rebuscar me vienen docenas de nombres a la punta de la pluma: Henry Miller, Steinbeck, Tennessee Williams, etc.)» [23].

USA es un pueblo joven aunque no patentiza su alegría. La mezcolanza de la sociedad americana sólo se nota en la calle de las grandes ciudades como Nueva York, Chicago o Los Angeles. En el resto de la nación la «uniformidad es la tónica y el comedimiento la norma». En este sentido, se trasluce la ascendencia inglesa, por lo que las reuniones rara vez son estridentes, quizá porque el americano tiene más temas de conversación que los españoles. Se habla de su materialismo, pero para Delibes no es ésa la palabra adecuada y prefiere aplicarles el término «practicismo» ya que con ese sentido afronta los problemas de cara, sin eludirlos. Asimismo, desdeña los principios inmutables y considera que todo es susceptible de perfeccionamiento.

La sociedad concede al americano un repertorio de derechos que, junto con el concepto de comunidad, quedan grabados en él desde la infancia. El respeto a esos derechos y hacia otros elementos sociales se manifiestan en que son comprensivos, conscientes, serios y cooperadores. El defraudar a la Hacienda Pública no se les pasa por la imaginación, y tienden, en general, a tener confianza en el hombre. Por otra parte, habituado a la mecanización de la sociedad, se vuelve un poco huraño, se recluye en su casa y precisa cada día menos del trato social y del diálogo. Tiene conocidos, personas afines de profesiones similares a la suya, pero tiene pocos amigos a la manera española. En consecuencia es poco comunitativo, dentro de un gran respeto mutuo, hasta el punto de que la falta de relación llega a ser un obstáculo en el diálogo entre hombre y hombre y entre familias. El estadounidense ha organizado la co-

[22] *Obra completa*, tomo IV, p. 447.
[23] *Obra completa*, tomo IV, p. 455.

Centro Virtual Cervantes

munidad magistralmente, pero se ha quedado al margen. Políticamente vive en sociedad, humanamente, no. Vive en una isla e incluso las familias manifiestan una tendencia al mutismo, una timidez discreta, una cierta tolerancia, y piensa mucho antes de decidirse por una verdadera amistad.

La sociedad americana tiene ciertos temores muy definidos, como el fuego, la enfermedad, la muerte y salir por la noche. El primero se hace patente con sólo observar las escaleras de incendio existentes en la mayoría de los edificios. El miedo a la enfermedad se traduce en una escrupulosa pulcritud higiénica, el de la muerte quiere evitarse haciendo parecer a los muertos como si pertenecieran al mundo de los vivos, y el de salir por la noche trata, bien claro está, de la insolidaridad ciudadana. Esta última acarrea el riesgo de atraco, muerte, rapto y violación, cuyas razones hay que buscarlas en el debilitamiento moral, avidez de la juventud por impresiones nuevas y en la delincuencia juvenil.

El divorcio es uno de los males peores de la sociedad norteamericana y sus víctimas reales son, en especial, los niños que quedan sin cariño, sin hogar, con unos padres insatisfechos, endurecidos progresivamente, desconfiados y recelosos. Lo que hace del divorcio un mal social grave no es el divorcio en sí mismo sino el saberlo siempre a mano; el saber que «el matrimonio no es definitivo». Esta seguridad fomenta el matrimonio apresurado de personas demasiado jóvenes, sin amor o sin recursos. «El matrimonio en América, para no pocos americanos ha dejado de ser cosa seria, aunque esta afirmación no quita el que haya que descubrirse enfrente de esos matrimonios que soportan las más duras pruebas. Con el divorcio la estabilidad matrimonial depende del capricho de los cónyuges. A su vez el divorcio brinda la oportunidad de enmendar un error, pero también la ocasión de inventarlo cuando conviene. Entre otras causas productoras del auge del divorcio pueden citarse la creciente prosperidad, la mecanización vertiginosa, la eliminación de las más insignificantes molestias, la beatitud material o la molicie. El divorcio ya no escandaliza a nadie, una vez que el noviazgo, período de prueba, carece en los Estados Unidos de sentido. Para Delibes es un gravísimo problema y confirma los resultados de posiciones filosóficas novísimas en el sentido «de que la resignación, la resistencia a toda inclinación o deseo, es, en el mejor de los casos una necedad».

La clase media constituye un estamento amplísimo y poderoso, resultado de la socialización de la abundancia. Los ingresos de cada americano, trabaje con la cabeza o con las manos, le permiten poseer una casa [24], automóvil y otra serie de cosas necesarias para vivir una vida cómoda y moderna que le hace desenvolverse en un ambiente exterior de desahogo general.

La integración social es un problema aceptado por las nuevas generaciones de jóvenes que la aplauden. Sin embargo, la situación racial está erizada de dificultades. La ley de derechos civiles equipara al negro con el blanco y hace que haya desaparecido el aspecto legal del problema, pero queda por resolver la faceta social. El negro es igual ante la ley, no ante la sociedad. Tendrá que pasar tiempo antes de que la integración social tenga efecto. El negro se enfrenta a la vida en condicines de inferioridad y, por tanto, no recibe las mismas oportunidades que el blanco. La única solución posible es la tolerancia, la ponderación y la ecuanimidad.

Si los negros están socialmente marginados, a ellos se unen algunos extranjeros que tienen que «atravesar» los requisitos de la emigración. Las autoridades inmigratorias tienen las puertas prácticamente cerradas con dos únicas excepciones: los *sabios*

[24] Este comentario no es por completo verdadero si se toma al pie de la letra. En realidad, lo que quiere decir Delibes es que los ingresos permiten al americano, en su respectivo nivel social y económico, poder pagar los plazos del préstamo que les facilita el tener una casa, un atomóvil, electrodomésticos, etc.

Centro Virtual Cervantes

y los *servidores.* Los primeros porque ayudan al progreso técnico-científico de la sociedad estadounidense y los segundos, en su mayoría procedentes de Hispanoamérica, porque ayudan a hacer más llevadera y dulce la vida de las clases que pueden soportar el peso económico de tener criados.

La pobreza también existe en los Estados Unidos, pero no tiene nada que ver con la de España o la de la India. Sin llegar a casos de extrema necesidad, de miseria, se es pobre en Norteamérica si se pertence a esos treinta y cinco millones de personas que no alcanzan la cantidad de ingresos mensuales estimada como mínimo vital por el Gobierno federal. La comida y la ropa son relativamente accesibles, no así la vivienda, donde, en un piso de cinco habitaciones, viven, quizá, cinco familias. Se nota también la pobreza en la falta de seguridad social, y entre los grupos más pobres pueden señalarse a los puertorriqueños y a los mejicanos. Otros grupos son pobres natos, ya que se han quedado rezagados a consecuencia de la rápida expansión industrial. Esta ha producido unos resultados brillantes, permitiendo que el 85 % de la población viva mejor, pero marginado, al mismo tiempo, a más de treinta millones, que se han quedado a un paso de la abundancia. Otros marginados, dentro de esta pobreza, son los trabajadores eventuales, alguna clase de especialistas a quienes una quiebra económica dejó sin trabajo, campesinos desplazados por la industrialización y la «escoria de la sociedad», como los adictos a las drogas, alcohólicos...

De todas maneras, la prosperidad material del país es palpable con sólo observar la antipatía de su sociedad hacia la muerte. Su sola mención no es grata, y por esa causa todo lo que la toca se disimula y se rehace. El Día de Difuntos, *Holloween-Day,* es más bien una fiesta con la que se trata de alejar la idea de la muerte de la mente de los vivos. A costa de los muertos se han levantado prósperos negocios que en ocasiones han beneficiado a los especuladores.

Las personas de edad son algunas de las víctimas de la sociedad estadounidense. La independencia del individuo, la dispersión familiar, la escasa disposición para soportar defectos ajenos, hace que los viejos no tengan lugar en la trepidante vida americana y estén abocados a la soledad, pues, generalizando, la familia no puede sociológicamente, o por razones presupuestarias y de responsabilidad, aceptar el hacerse cargo de ellos. En realidad, la vida está organizada para la gente fuerte y sana y de ahí que los enfermos tengan su puesto en el hospital, los muertos en el *Funeral Home,* y los viejos en el asilo.

Toda esa problemática está producida por el entibiamiento del «calor del hogar», donde es difícil encontrar compañía. Delibes compara la situación de la abuela española y la americana. La primera es «el resultado de un proceso paulatino y, en esta última instancia, la consecuencia lógica de un viejo concepto familiar». Añade que la abuela española revive su historia desde su segundo plano con sus nietos, que acepta de buen grado. Entonces los hijos y los nietos sin considerarla una carga le dan todo el cariño posible porque el cariño se toma en las «familias-piña» como un deber. La abuela americana, por otro lado, no se siente vieja mientras pueda conducir, asistir a reuniones y llevar una vida exterior activa. Al llegar el momento en que esa actividad ya no es posible es cuando llega la soledad, pues la familia la considera casi como una desconocida. «Lo que nunca podrá hallar, por muchas vueltas que le dé, es el calor del hogar; la compañía de los hijos y los nietos. Y esto —que nosotros los tenemos— siempre es consolador y aun diría esencial para una vejez feliz» [25].

A su vez el niño es el rey del hogar americano y todo gira alrededor de él. Los niños son ejemplares de mucho candor, mucha fragancia, agilidad y alegría. Pero, la creencia muy difundida en Europa de que las adolescentes americanas son maravillo-

[25] *Obras completas,* tomo IV, p. 390.

BOLETÍN AEPE N.º 28. Enrique RUIZ-FORNELLS. Miguel Delibes y los Estados Unidos: una perspectiva
Centro Virtual Cervantes

sos proyectos de mujer, no se cumple. No obstante, la atención y vigilancia que la alimentación merece, el deporte, y la base inglesa producen una población bien constituida, de notable estatura, ancha de espaldas y de caderas escurridas.

La independencia del americano se hace patente en el ambiente familiar. El fin de los hijos es la emancipación, ya que en la familia no existe un clima cálido de efusividad y confianza. Estas circunstancias hacen que los hijos compartan su mundo sólo con sus amigos en iguales condiciones. Esta situación suele durar hasta los dieciocho años en que los hijos se van lejos para alcanzar ese ideal de libertad e independencia, meta del americano medio. La familia no ha desaparecido, pero los vínculos que unen a sus miembros son más débiles que en España.

Termina Delibes el relato de sus observaciones sobre los Estados Unidos con una triste nota al hacer su última visita a Bowery Street en Nueva York, para él, la calle «sin esperanza».

Ha recogido el novelista sus impresiones de viajero exigente y serio en los Estados Unidos con la misma minuciosidad y detalle del otro medio mundo que visita. Según Edgar Pauk, Miguel Delibes llegó a esa nación con una beca Fulbright [26] y permaneció en ella cuatro meses. Sus experiencias y observaciones siguen, como se ha señalado, la pauta de los temas que le interesan. Además de la pobreza, la muerte, los niños y los viejos, su curiosidad se extiende a otros muchos aspectos de la actualidad y actividad humana en ese país. El resultado es una mezcla de ideas, mitad realidad y mitad teoría, con las que el escritor trata de realzar, como en toda su obra, «la calidad y cantidad de la solidaridad humna, porque para él es ésta la única manera de medir el verdadero progreso» [27].

Su relato, escrito en una prosa tranquila, reposada y clara, trata con ponderación de ser objetivo pero, al mismo tiempo, es detallado y meticuloso. Apunta los problemas que encuentra y busca las causas. Ramona F. del Valle Spinka opina que «dondequiera que Delibes visita, siempre se interesa por la situación del hombre, especialmente del tipo humilde y pobre» [28]. De ahí que al describir la sociedad americana tenga siempre muy presente «Desde la más aristocráticas universidades del país hasta los campos de trigo de Midwest y la Bowery de Nueva York.. una infinita curiosidad y una magnánima disposición hacia el hombre y su ambiente. El escritor explora instituciones económicas, políticas, sociales, educativas y religiosas, además de fijarse con 'cordialidad' en las relaciones humanas» [29]. Añade esta profesora que «En *USA y yo* Delibes presenta una idea clave: la ausencia del amor al prójimo, mencionando una tragedia que presencia en Nueva York» [30]. Esta curiosidad por las relaciones humanas, la familia, la sociedad, las instituciones en que la misma se basa y el calor humano son las notas que el novelista trata de describir, asociadas a la idea de progreso, convivencia y camino.

Edgar Pauk, consecuente con este criterio, al analizar el tema de la religión, encuentra que

> «la simpatía que Delibes siente hacia los Amish no puede ser interpretada como de imitar su estilo de vida, a menos que un crítico quiera entenderlo así porque le convenga a su tesis. Delibes maneja un automóvil, no rechaza, pues, al mundo de las má-

[26] Edagar PAUK: *Miguel Delibes: desarrollo de un escritor (1947-1974).* (Madrid, Editorial Gredos, 1975, 329 pp.), p. 195.
[27] Edgar PAUK, p. 195.
[28] Ramona F. DEL VALLE SPINKA: *La conciencia social de Miguel Delibes.* (Nueva York, Eliseo Tores and Sons, 1975, 181 pp.), p. 70.
[29] Edgar PAUK, p. 95.
[30] Ramona F. DEL VALLE SPINKA, p. 38.

Centro Virtual Cervantes

> quinas; lo que sí admira es el coraje de un pueblo que sepa escoger su propio estilo de vida, su 'camino'» [31].

El progreso, cuando pierde su valor humano, puede ser peligroso. Pauk comenta que «En *USA y yo* había advertido Delibes las consecuencias de la excesiva especialización. En un mundo siempre más absurdo, en una sociedad siempre más mecanizada y automatizada, el hombre individual pierde importancia, es decir, su importancia estriba no en ser hombre, sino en acercarse a la especialización y precisión impersonal de la máquina» [32]. En definitiva, el hombre se convierte en un ser automatizado y pierde su valor humano. Esta conclusión conduce al escritor a darse «cuenta de la situación en que viven los negros de Harlem» [33] y de «la pobreza americana» que «se nota especialmente en los Estados del Sur, como Virginia y las Carolinas» [34].

Finalmente, la idea de Miguel Delibes sobre los Estados Unidos puede resumirse en el siguiente extracto de una carta fechada el día 1 de julio de 1966, en Valladolid, que dirige a Francisco Umbral, al expresar: «Gracias por tu buena opinión de USA. Lo que me dices de la competencia no me choca. Hay quien va allí a ver los lunares para justificar la tiranía. Defectos, sin duda, tienen muchos, pero el país funciona y más del 80 % de los paisanos tienen coche y casa propios. Eso ya es algo» [35].

Delibes empieza su viaje y lo termina en la puerta por la que lo han hecho millones de otras personas y viajeros de toda clase: Nueva York. A este propósito Pauk aclara:

> «Es importante notar que la visita de Delibes a Estados Unidos empieza y acaba en Nueva York: la primera visión del Nuevo Continente consiste en los rascacielos desde un trasatlántico de lujo, en la niebla de la mañana. La última es la de Bowery, la otra cara de aquella civilización que se eleva orgullosa en un rascacielos, pero yace en la más completa degradación con su humana 'basura' en la Bowery. En ésta la dualidad de la cual es consciente Delibes: nada se adquiere sin pagar un precio, y este precio puede ser muy alto» [36].

El novelista, como muestra este comentario de Edgar Pauk, muestra constantemente su imparcialidad, aunque cuente lo que ha visto a través de un prisma personal. La imagen es real y la conclusión final a que puede llegar el lector es que los Estados Unidos es una nación de contrastes, donde, como en otros muchos lugares, existe un gran progreso y junto a él, paradójicamente, lagunas o atascos que la sociedad no ha podido todavía resolver. Una sociedad automatizada cuyo mayor peligro es la posibilidad de convertir en mecanismo el calor y la perspectiva humana.

---

[31] Edgar PAUK, p. 164.
[32] Edgar PAUK, p. 230.
[33] Ramona F. DEL VALLE SPINKA, p. 55.
[34] Ramona F. DEL VALLE SPINKA, p. 56.
[35] Francisco UMBRAL: *Miguel Delibes.* (Madrid, Epesa, 1970, 186 pp.), p. 127.
[36] Edgar PAUK, p. 97.

Centro Virtual Cervantes